

EL TREN DE LAS MUJERES

Hilda Guzmán Montelongo



Capítulo 1

EL TREN DE LAS MUJERES

Liuba me regaló un mini jardín japonés. No de los de arbolitos, de los que tienen arena en un cajoncito de madera. El mío tiene una sección con arena fina de color gris, otra con arena casi blanca y otra más con arena gruesa. Sobre la arena hay algunas piedras y una vela. Liuba dijo que le contaron que a veces traen caracolas también. Con un pequeño rastrillo he tratado de dibujarlas. Luego he trazado líneas, muchas líneas. Liuba dice que eso me ayudará a quitarme el estrés de nuestro último viaje juntas.

Para quienes soñaban en viajar y no pudieron subirse a un avión, esto es lo más parecido al trabajo de azafata, creo yo. Con la diferencia, claro, de que una azafata seguramente no estará obligada a hacer la limpieza del avión y nosotras sí debemos limpiar todo, hasta los sanitarios. Una suerte que me asignaran a uno de primera, pero no de lujo porque aunque ahí la cantidad de pasajeros es dos veces menos, en cambio son doblemente caprichosos y además hay ducha y lavabo en cada compartimiento... ¡Si así no me completa la hora que nos dan para poner en orden el convoy, en uno de lujo estaría todo el tiempo cargada de amonestaciones y castigos! Una suerte, sí, porque en el de segunda una sola empleada atiende a 54 pasajeros, mientras que nosotras somos dos y nunca llevamos a más de 34.

Los pasajeros piensan que nuestro trabajo es muy fácil y divertido: bromear con la gente, viajar, dormir arrullada por el vaivén... Se les olvida que no sólo revisamos los boletos, también debemos colocar el carbón en la estufa para mantener la calefacción, repartir juegos de sábanas y frazadas, preparar y llevar vasos de té, mantener el orden en los sanitarios y lidiar con los pasajeros problemáticos. Por la mañana, recoger todo cuidando de no perder ni una sola pieza... cada objeto perdido se descuenta del sueldo. Son muchas las cosas que pueden descontarnos: sábanas, frazadas, almohadas, colchones, vasos, teteras, cucharillas (las que más desaparecen), a eso hay que añadirle alguna multa por no cumplir la norma de ventas de galletas, dulces y periódicos. Las pérdidas son más fáciles de esconder: por ejemplo, se les da un billete a quienes vienen a recoger toda la ropa de cama para llevarla a la lavandería, así la reciben sin contar. Las ventas sobre ruedas no son muy exitosas. ¿Qué ruso se sube a un tren sin provisiones? Y más en estos tiempos, en que la mayoría no tiene trabajo y hay que cuidar cada kopek. Liuba y yo salimos de apuros vendiendo algo de vodka, siempre hay alguien a quien se le hace poco lo compartido con los compañeros de viaje. Con la ganancia compensamos lo que nos cobran por las malas ventas. Pero está

prohibido.

Sobre la arena el rastrillo puede hacer líneas rectas o también onduladas. Lástima que el espacio no sea mucho. Las borro, las vuelvo a dibujar. Las borro, las vuelvo a dibujar. Las borro...

Dormimos por turnos. Hasta las 12 de la noche trabajamos juntas y luego descansamos dos horas y media cada una. Liuba es alta y robusta y apenas cabe en la litera. A las 5:20 despertamos a los pasajeros y ponemos el samovar, que compramos entre las dos, porque con la tetera que teníamos antes era imposible servir un té más o menos pasable. Cinco minutos antes de la llegada debemos tener todo recogido y estar preparadas para dejarlos bajar al andén. Los pasajeros, unos adormilados, otros crudos, apenas se despiden. A nosotras nos importa únicamente que bajen lo más pronto porque la hora que nos dan para limpiar comienza desde el instante de llegada a la estación. No sé qué hacen las de segunda con tanta gente que debe salir. Liuba, que trabajó ahí, me cuenta que nunca da tiempo a recogerlo todo, así que aseas los sanitarios y le pagas al inspector para que no te revise lo demás. Nosotras también pagamos a veces, cuando nieva mucho y por la mañana no da tiempo de limpiar la alfombra del corredor.

Cuando el tren está listo lo llevan a unas vías donde espera hasta la noche para el regreso. Durante el día nuestra "*Gran Flecha Roja*" puede convertirse en un hotel económico y entonces nos llaman a media tarde para limpiarlo nuevamente. La propina por hacerlo nos la dan de inmediato, por eso nadie protesta, al contrario. En Moscú Liuba tiene un cuartito no lejos de la estación y ahí dormimos esperando la salida, cuando volvemos a Ivanovo nos quedamos en la casa de mi madre. Prácticamente somos ya una familia. A mi hija casi no la veo, mi madre me cuenta que le gusta mucho ir a la escuela, acaba de entrar a primero. No en vano por acá dicen que "los niños son las flores del bosque, por eso hay que cortarlas y regalárselas a los abuelos". Antes el dicho no era así.

Muevo las piedras, que son como cerros y montañas en mi jardín. Intento dibujar un paisaje como los que hacíamos en la escuela: una casa, abedules o pinos, una playa y olas, pero no me sale muy bien y dejo el rastrillo para terminarlo con los dedos...

Liuba está separada. Su marido trabajaba en una oficina del Ministerio de Transportes. Lo conoció cuando hacía algunos trámites para que le pagaran un viaje de vacaciones al Mar Negro que el ministerio está (¿o estaba?) obligado a darte cada 3 años. Se casaron muy enamorados, pero él se aburrió de esperarla a que volviera de sus viajes. Eso era antes, cuando los trenes eran soviéticos. Alguien le dijo que ahora cerraron gran parte de esas oficinas y él anda por ahí, sin ocupación. Liuba dice que nunca haría lo que muchas de nuestras pasajeras. Las vemos subir en Moscú cargadas de bultos: llevan para vender en sus pueblos y ciudades

cigarrillos, ropa, zapatos, cuadernos, cualquier cosa que pueda comprarse barata al mayoreo y que deje algo para comer; algunas se atreven a viajar a Egipto y Turquía para traer ropa de invierno, pero saben que corren muchos riesgos, incluso en el tren, por eso viajan en grupos y se encierran en cuanto suben. Detrás de cada una de esas mujeres cargadas como mulas hay un hombre sin empleo que no sabe qué hacer, como el marido de Liuba. Pero Liuba dice que por buena suerte no tiene hijos ni padres ancianos qué mantener.

Con el pequeño rastrillo destruyo las olas y hago giros a la izquierda, giros a la derecha: dibujo rizos, nubes de rizos...

Sí, son mujeres las que más viajan en nuestro tren, por eso le llaman "*El tren de las mujeres*". Sobre todo el fin de semana se llena con las afortunadas que trabajan en Moscú. Nunca me imaginé que hicieran falta tantas secretarias, algunas dicen que están haciendo cursos especiales porque Moscú tiene miles de pequeñas empresas sin una persona que responda al teléfono con elegancia o que les lleve las cuentas. Piensan que con el tiempo abrirán filiales en nuestra ciudad y volverán a tener familias normales y no de fin de semana. No cabe duda que nuestras mujeres nunca han sido de las que pierden el ánimo ante las dificultades, ni siquiera durante la guerra.

Mi jardín sigue cambiando: recojo la arena en pequeñas colinas y con el rastrillo abro un cauce profundo como de río...

No todos los hombres están tirados en un sofá llorando el fin de la época soviética. Vivimos en la era de los comerciantes, así que algunos, los que sabían lo que iba a ocurrir, se han hecho millonarios, otros han abierto un minisúper o una tienda y algunos más tienen pequeñas empresas en las que trabajan mujeres a las que no les importa desperdiciar sus estudios universitarios con tal de mantener a su familia. Los "comerciantes" (así les dicen a todos los nuevos empresarios) son perseguidos por grupos de "hermanos", que se dedican a robarlos o extorsionarlos. Muchos pasajeros cuentan con cierta picardía cómo asaltaron al comerciante de su barrio y cómo le quitaron todo, incluso a la mujer o a las hijas. El pueblo parece alegrarse porque no entiende cómo pudieron haber acumulado tanto en tan poco tiempo y sin robar... "Merecido lo tienen", dicen, pero sin saber a ciencia cierta.

No me sale dibujar barcos sobre ríos ni gaviotas en el horizonte. Prefiero poner postes y sobre los alambres que los unen alguna corneja, al lado el río se transforma en vías que rodean una montaña...

El camino que recorreremos hacia Moscú es llano y bastante recto, ni siquiera ríos lo atraviesan. Por las ventanillas vemos otras vías y otros trenes, árboles, bosques, pueblos, carreteras, algunas ciudades, todo oscuro en verano y blanco y brillante bajo la luna de invierno. Hacemos

sólo dos paradas, una en Vladimir y otra en Alexandrovo, donde el tren cambia de locomotora. Son 15 minutos de espera. No importa la dirección en que vayamos, a esa hora todos los pasajeros duermen. Únicamente los uniformes de las empleadas de guardia se distinguen junto a las puertas de cada vagón, a una señal todas levantan sus banderillas y el tren continúa su marcha. A veces en esas paradas entregamos pequeños encargos, sobres, paquetes, bultos, pero por lo general los transportamos hasta la estación final. Nos gratifican los dos, el que envía y el que recibe, y eso también puede servir para compensar las malas ventas. Pero está prohibido.

También está prohibido llevar pasajeros sin boleto. Algunas lo hacen, pero Liuba y yo pensamos que es una carga muy pesada porque hay que pagar una cuota por viaje para el inspector y el jefe de la tripulación, aunque no tomes a ningún pasajero a bordo. Las de segunda son las que más se dedican a eso y se entiende porque al no tener espacios cerrados, tienen más lugar para colocarlos y la gente no protesta, está acostumbrada a las incomodidades.

Ni Liuba ni yo nunca habíamos visto a un "hermano", si acaso en alguna nota de periódico. Volvíamos de Moscú. Se apareció en nuestro corredor después de Alexandrovo y se me abalanzó como un ropero de roble. Pedía la llave maestra que abre los compartimientos y que las empleadas podemos usar en casos de fuerza mayor. Me oprimía el cuello con el antebrazo y me arrastraba como a un monigote hasta nuestro compartimiento donde Liuba descansaba. Me pareció ver que Liuba se levantó de un salto, luego oí su vozarrón: "*iBaaaaby, karauuul!*" ("¡Mujeres, auxiliooo!"). No sé cuántas salieron. Lo último que sentí fue cómo intentaban arrancarme de las manos del "hermano" que me usaba ahora como escudo para defenderse. Lo que siguió después me lo contó Liuba: el "hermano" salió al vestíbulo escupiendo insultos y blasfemias y siempre sin soltarme intentó parar el ataque, pero trastabilló y las mujeres me arrancaron, abrieron la portezuela y lo arrojaron afuera. "Que el Diablo te lleve", dijeron, según Liuba, y sus palabras fueron sofocadas por el traqueteo de un tren que pasaba al lado nuestro en dirección contraria. Nadie comentó nada cuando llegamos a Ivanovo. A mi madre le dijimos que una gripe me había dejado sin voz y que Liuba había decidido hacer sola el siguiente viaje para que yo me curara.

Enciendo la vela y mi jardín se ilumina con luz suave. Más allá las piedras dejan caer su sombra de diminutas montañas. Con el pequeño rastrillo vuelvo a dibujar líneas como raíles.